



RUDYARD KIPLING, *Kim*, introd. de Edward W. Said y trad. de V. Canales Medina, Penguin, Barcelona, 2012, 448 pp. ISBN: 978-8439720195.

Una obra buena es imperecedera.  
RUDYARD KIPLING

A primera vista parece que la profecía de la existencia de un toro rojo sobre un campo verde transmitida a Kimball O'Hara, como una suerte de testamento ininteligible, por parte de su difunto padre es, ni más ni menos, una solemne patraña. El engaño de Kim, en el fondo, tan considerado como egoísta, es tal que, sin saberlo, su futuro depende de ello, de la misma manera que, sin el juego de Kipling entre el ocultamiento y la revelación sobre los caminos de Kim, no podríamos leer *Kim*, y entender a Kim, tal como se merece. El engaño, y la mentira, que subyacen a la ficción de manera natural, pueden ser perfectamente el motivo de la literatura en la medida en que el deseo de realismo no acaba imponiéndose a la realidad.

La basta realidad de la India que se abre ante el horizonte de Kim se explica por el hecho de que, sin salir de la India, Kim es un cosmopolita. De la India, una *cosmópolis*, como tal, emana más vida de la que en sí misma puede contener. La India es en esencia el mundo entero. No tiene forma o, en cambio, alberga todas las formas. En el mundo visto como representación, Kim no deja de ser en ningún momento el actor ideal que, como el joven indio que es, cuando la ocasión lo requiere, se cambia rápidamente de atuendo y se mezcla con la multitud confundiendo con un *sahib*, infinitamente menos experimentado y, no obstante, más respetado. Pese a su juventud, alejado por completo de la infancia a fin de sobrevivir, Kim es, o representa, la culminación del tiempo en un adulto precoz, tan extraordinariamente humano que busca redimirse en el momento en la compañía del lama por el que, como Kipling muestra de un modo magistral, también es acompañado.

Más allá de su incomparable naturalidad, el recurso al engaño como un pretexto de la escritura contribuiría a corroborar la ilusión de la permanencia del mundo, un mundo, característicamente, “vasto y sobrecogedor”, un epíteto que en el libro se repite con resignación como si se tratara de un mantra, tanto para el lama de Kim como para el propio Kipling (99, 101). Lo propio del lama no es solo la trascendencia del bien que reflejan sus palabras, sino, fundamentalmente, la actitud del que sabe escuchar, una cualidad o virtud que Kim, extraordinariamente hábil tanto para escuchar como para hablar, no deja de aprovechar, al apelar, como su futuro chela, a los sentimientos ingenuos del gurú tibetano. Es posible que el mundo espiritual del lama sea, precisamente, el mundo literario de Kipling y la formación de Kim sea la experiencia de un mundo ilusorio pero ilusionante precisamente por ello y, sin embargo, tan vasto y sobrecogedor como el mundo que habitamos.

La cuestión sería si la ficción ha contribuido a aumentar o disminuir el sentimiento de lo vasto y sobrecogedor del mundo o, sencillamente, la indiferencia del

mundo que conocemos ha calado en el estrato más profundo de la conciencia convirtiéndose en un hábito que ya no estamos en condiciones de identificar.

Kim no es, por mera casualidad, el Amigo de Todo el Mundo ni el propio lama lo rebautiza, sin motivo, como el Amigo de las Estrellas. De otra manera, ¿qué querría decir el lama al afirmar, en su profunda creencia, que Kim “no es de este mundo”? (100) ¿A qué mundo pertenece, entonces, este niño adulto en su aspiración fingida, o no, a la verdad? “¿Hay algo que no sepas de este mundo?”, le preguntará. En su extraña búsqueda ininterrumpida, si la comparación es oportuna, el joven Sancho se ha convertido, literalmente, en un Quijote. La lección de *Kim* es que Kim sirve de guía al mismo tiempo que es guiado, pese a que su gusto y su preferencia es “el juego por el juego” (59). El mundo o, como lo llama Kim, “esta enorme y hermosa tierra”, es una compensación, no tan vana como silenciosamente meditada, desplegada en una tierra tan vasta y sobrecogedora, ante un horizonte inmenso que refleja la impresión de cierta profundidad (226). En la segunda mitad del libro —en el momento en que Kipling introduce, por así decirlo, el argumento inglés y deja atrás el argumento indio que corresponde a la primera mitad del libro, en mi opinión, mucho más divertida, donde no existe la duda—, Kim ha sido retenido en la madrasa de San Javier y obligado a recibir la misma educación que el hijo de un sahib. Entonces se llama a sí mismo por vez primera el Hijo del Encantamiento, como si hubiera resucitado para un propósito más grande, como el elegido del joven dios Apolo.

No es de extrañar que Kim, prematuro, esté constreñido no solo por las circunstancias insólitas que lo rodean, y se desenvuelve con más destreza que los adultos, sino, fundamentalmente, por la falta de un propósito o de una misión vital; en definitiva, por la ausencia de un destino propio, tal vez, demasiado conocido y común (208). Las pocas veces en que Kim se muestra terriblemente práctico —terriblemente práctico significaría aquí algo parecido a inefable, incluso infalible— deja en el lector una sensación insoportable de desagradecimiento y agravio, al refutar al lama, que es alguien cándido, sin malicia, a propósito de su búsqueda en una tierra extraña, en cuanto recurre al budismo para ilustrar cada paso que dan juntos. “Lo que [Kim] deseaba de verdad era —escribe Kipling— ser testigo ocular de la acción” (102). La impresión paradójica, y contradictoria, de que Kim lo ha experimentado todo, al verlo, se complementa con la aparición del lama que, supuestamente, conoce la verdad.

La amplitud del horizonte del lector, llevado de la mano de la visión de Kipling, no puede ser nunca, aunque se tratara de la capa más profunda de la escritura, el conocimiento de la verdad, o la sabiduría, sino un registro escrupuloso de la inmediatez, abrumadora, con la que Kim relata su historia conforme la vive. “¡Quien pueda interpretar la causa de un acto —dice el lama— está a medio camino de la libertad!” (380). A estas alturas, la moral del lama resulta reveladora respecto a la posición subordinada del lector, que no es un testigo de los hechos y, sin embargo, ha de tratar de averiguar, en interés de su propio conocimiento, la causa que los provoca. El acto de leer se vuelve así liberador. Resulta inolvidable asistir a la felicidad de Kim al volver a hablar su lengua vernácula después de pasar tres meses hablando solo inglés, una felicidad paradójicamente afín a la aceptación de su nueva condición de sahib, paralelamente al modo en que, durante aquellos días de permiso en la escuela, Kim da rienda suelta a su fantasía con las historias que cuenta a los pasajeros del tren en que viaja para encontrarse con el lama. En mi opinión, el pasaje más conmovedor del libro es cuando Kim llora al creer que el lama se olvidará de él, es decir, cuando el lama sugiere que la vida nueva que le espera a Kim hará que no se acuerde de su maestro. La confianza característica del lama se basa en la creencia de que “todo deseo es ilusión”, incluyendo el afecto, excepto cuando se trata de la posibilidad de cruzar,

como le insiste a Kim, “las puertas del aprendizaje” (210). De hecho, en la carta que el coronel Creighton le lee a Kim, el lama le explica que “la educación es la más grande bendición si es de la clase apropiada. De no ser así, no es de utilidad terrenal” (187). Solo al final la profunda creencia del lama se vuelve prácticamente universal como si se tratara de una despedida, al haber ganado “la salvación para sí mismo y para su ser amado”. En el juego de la vida que no es en realidad ningún juego, lo que está en juego es el camino, no el principio o el final (414). Es como si, al tratar de estar “por encima de la necesidad” (393), tuviera lugar una especie de divinización del hombre, en la que el deseo de conocer se vuelve extemporáneo y queda reducido a un lapso o error. De manera similar, el capítulo más memorable es el reencuentro de Kim con el lama.

La educación que le proporciona a Kim la madre patria, signifique lo que signifique eso, es conservadora, hasta tal punto que el ingenio que Creighton y Lagurn le atribuyen a Kim, pero con el que no se identifican en modo alguno, se presupone, de hecho, en él como el hijo de sahib que es, una cualidad única que ha de ser explotada por el bien de la paz (265), una perspectiva del colonialismo que no solo apunta, como se infiere de Kim, a una desnaturalización del individuo que solo mira por sí mismo, sino como una potenciación del sujeto con un cariz nacionalista. Como ha recordado Edward W. Said, el sistema colonial, que convive desde el siglo XVII con un sistema de castas tremendamente diverso, es parte de la naturaleza de la India. La clave de lectura que ofrecía Said no era incompatible con el hecho de que desde la Gran Rebelión en 1857 hasta la Independencia de la India respecto al Imperio británico en 1947 haya transcurrido casi un siglo, el tiempo suficiente para que Kipling escribiera toda su obra, incluido *Kim*, publicado en 1906, siendo completamente consciente del progreso y de la evolución históricos.

De Kim, y de *Kim*, mana un anhelo de vida que ha de ofender a buena parte de la literatura contemporánea, aparentemente tan sofisticada y, al mismo tiempo, tan familiar, aunque destinada a pasar inadvertida en el futuro inmediato. De manera extraordinaria, Kipling ha puesto de relieve, entre otras cosas, el crecimiento del individuo, una gesta silenciosa que, si se fragua bien, nadie está en condiciones de determinar. Kim, a diferencia de Huckleberry Finn, quien conserva la ingenuidad, por poca que sea, hasta el último momento, es indeterminado, inefable como el mundo. Tal es así que la obediencia ciega de Kim, en la segunda parte del libro mucho menos alegre y divertida, solo es compatible con la libertad cuando se trata de una crueldad. (Por ejemplo, Kim no sabe cuál es su identidad nacional (235), sino que alude de manera ambigua a un “nosotros” que incluye a Mahbub Alí, 240)). Para los nativos, el funcionario británico de la India no era sino una prueba del predominio del carácter inglés, un desconocido, a todas luces, expuesto, con más razón, al peligro de nombrar:

Muy pocos blancos, pero muchos asiáticos, pueden sumirse por voluntad propia en un estado de trance a base de repetir su nombre una y otra vez, dejando que la mente se libere de toda especulación en lo relativo a lo que da en llamarse identidad personal. Cuando uno se hace mayor, ese poder, por lo general, lo abandona, pero mientras dura, puede apoderarse de la persona en cualquier momento (288).

Kim, poco después, muestra una “reacción natural” al abismo del anonimato: el temor al abandono o, mejor, a la falta del reconocimiento en el futuro inmediato (287-288). Sin embargo, la sustancia perdura en la forma. En un anhelo de la libertad que lo mantiene vivo, Kim le confiesa a Mahbub Alí que “cuando la madrasa esté cerrada, seré libre e iré con mi pueblo. Si no, ¡moriré!” “¿Y cuál es tu pueblo, Amigo de Todo el Mundo?”, le espeta el árabe. La astucia y la experiencia de Mahbub Alí, cuya comparación de los principales credos religiosos de la India con los caballos resulta espléndida, deja entrever la ironía de que Kim no es un muchacho indio, sino irlandés,

y, antes o después, ha de reconocer en su procedencia u origen su destino, algo que en todo el libro exige precisamente la preparación, o disciplina, que el estilo o la propia fluidez del relato de Kipling predomina a través de la sucesión cada vez más acelerada de los acontecimientos. Kim, el Amigo de Todo el Mundo, dispone del mundo en la medida en que el mundo es la humanidad, lo que no quiere decir lo infinito. Llevado por el afán de aventura, salvo algunos relatos, *Kim* es probablemente la gran *poiesis* de Kipling, así como, por ejemplo, las infinitas contradicciones internas de los personajes de Dickens son un reflejo de la sociedad que en realidad no es nunca la suya. Los tonos o los matices de la escritura de Kipling muestran, por decirlo así, la sal de la tierra, el descubrimiento mismo de la vida. (Las páginas 235-236 son el fruto de la genialidad; de hecho, creo que lo recomendable es, si me está permitido decirlo, leer a Kipling como si de repente nos encontramos con la vida en un momento y después ese momento no nos abandona jamás.) Lo cierto es que, pese a su manifiesta adhesión a la India, Kim no pertenece a ningún lugar. Tal vez lo único que sepamos con certeza de Kim es que se trata, parafraseando a Mahbub Alí, de un descreído tan formidable que podría hacer que un ateo pareciera un teólogo avezado, lo que, pensándolo bien, tampoco es nada malo.

Es una tremenda necesidad utilizar la palabra incorrecta para dirigirse a un desconocido, pues, aunque el corazón no albergue intención alguna de ofensa, ¿cómo iba a saberlo el desconocido? (235)

No sería demasiado osado, para terminar, tomar las palabras de Kim como la advertencia que Kipling no antepone nunca para el lector. Kim es, literalmente, un espíritu libre. Es muy probable que exista en el lector la tendencia a ver a Kim como un extraño, solo hasta cierto punto, exótico, pero el lector atento e insobornable de Kipling no tardará mucho en considerar a Kim la encarnación literaria de su autor, dentro de un mundo de infinitos matices. Así como Kim parecer ser un espectador privilegiado y al mismo tiempo un actor inusual, capaz de arriesgar su vida por simple divertimento, el lector de *Kim*, la obra maestra de Kipling, tiene el extraño privilegio de encontrar en este mundo vasto y sobrecogedor la confianza y la valentía necesarias para recuperar su mundo...

**Antonio Fernández Díez**

<https://orcid.org/0000-0002-4505-0154>

<https://uclm.academia.edu/AntonioFernándezDíez>